



SORPRENDENTE MILAGRO

Segunda aparición de Nuestra Señora la Virgen Santísima de Guadalupe, entre la Hacienda de la Lechería y San Martín.

Era el 28 de Diciembre de 1893. Serían las ocho de la mañana. En el sendero que conduce á la Hacienda de la Lechería y el pueblo de San Martín, Higinio Rivas, arriero de oficio, pasaba con dirección al lugar donde debía disponer su carga, cuando vió dos niños que jugaban al pie de un hermoso maguey; los trajes que éstos llevaban eran de lo más particular, pues vestían un calzoncito de istle, sin camisa y descalzos; esto hizo fijar la atención á Higinio; pues no acostumbran semejante traje los chicos de aquellos lugares; apenas vieron al arriero, comenzaron á llamarlo con una ansia indescriptible, diciéndole: «Señor, señor, venga usted á ver.» Higinio creyó de pronto que se trataba de alguna travesura propia de los niños, y no hizo aprecio; pero como estos le siguieran llamando, les prestó un momento oído y entonces le dijeron que habían visto á la Virgen de Guadalupe. Higinio se echó á reír y les contestó bromeándose: ¿Dónde está? la veremos.—Venga vd. con nosotros, dijo uno de los niños, y lo condujeron al pie del maguey, mostrándole una mancha que te-

nía éste en el corazón. Higinio no vió ninguna Virgen, y así continuó su marcha interrumpida, riéndose de la ocurrencia de los muchachos; poco había avanzado cuando sintió como una fuerza sobrenatural que le detenía; sin pensarlo, volvió el rostro en dirección de aquel lugar y entonces vió patentemente en la mancha del maguey á nuestra Señora de Guadalupe, pero como figurada por la misma mancha; acercóse y ¡oh sorpresa! ya no le cupo duda alguna, era una imagen de la Santísima Virgen. Pero como se le hacía tarde y le precisaba llegar pronto á México, se puso otra vez en marcha. A poco que había andado encontróse con un amigo suyo, cuyo nombre era José Falcón, á quien le contó lo que le había acaecido, pero como éste le dudara, Higinio lo invitó á que pasasen al sitio donde se hallaba la imagen. Llegaron al punto aquel; pero ya no vió Higinio á los niños á pesar de buscarlos por todas partes; ésto le admiró muchísimo, y más todavía cuando al fijar sus ojos en el maguey designado, vieron los dos en el claro y distintamente á la Sacratísima

Patrona de los mexicanos, á la inmortal Riena de los cielos, como rodeada por una aureola de brillantísima luz.

Sus pechos, incrédulos hasta entonces, palpitaron con violencia, y sintieron algo extraño dentro de sí mismos. Ducidieron al instante ir á dar aviso á la Hacienda de la Lechería, lo que verificaron sin perder tiempo. Un individuo acomodado de aquel lugar se burló alegremente de Rivas y Falcón, atribuyendo el milagro á la imaginación de ambos y diciéndoles que no fueron supersticiosos ni salvajes. Mas aún para demostrarles que era aquello una ficción de los sentidos, mandó calar la peca en el lugar donde decían estaba la imagen. Después de hecha esta operación la imagen continuaba marcada en la mancha del maguey, pero esto no inquietó al que lo caló, ni mucho menos al individuo acomodado, antes por el contrario, continuaron mofándose y terminaron por dar una cortada á la imagen. Serían las nueve de la mañana del mismo día de este acontecimiento cuando de pronto comenzó á incendiarse la casa de aquel rico incrédulo que cortó á la Sagrada Imagen. Todas las bodegas consumió el fuego; todo era gritos y tribulación en aquellos momentos; á la gente no le fué posible apagar con nada al terrible elemento. Nadie pudo saber la causa que motivó el siniestro; todos creen, y con fundamento razonable, que fué esto un justo castigo á la insolencia é incredulidad

de aquel hombre desnaturalizado. Minuciosamente han buscado por todos partes á aquellos niños extraños que mostraron el milagro á Rivas; pero todos los esfuerzos han sido vanos, porque no se han encontrado. Por esto se confirme más el suceso de la aparición. Demuchos puntos cercanos de la Hacienda de la Lechería están yendo multitud de personas á ver á la Santísima Patrona aparecida por segunda vez; y hasta de esta Capital han ido bastantes á cerciorarse del portentoso acontecimiento. Varios sacerdotes han afirmado ya, y entre ellos el que oficia en San Martín, que aquella imagen es aparecida verdaderamente, pues la han reconocido escrupulosamente y no se halla ninguna susperchería; el prodigio está patente. Se ha puesto ya una persona al cuidado del lugar donde se halla el maguey y todos los días llevan los fieles á este punto cera y aceita, limonas, etc., para demostrar su culto y reconocimiento á aquella Imagen Sacrosanta. Higinio Rivas y José Falcón no están menos sobrecogidos y devotos en adorar el admirable retrato de la Princesa de los cielos, como que ellos fueron los dichosos seres que por primera vez la vieron en el maguey, irradiando suavemente con su aureola de luz.

Próximamente se esperan S. I. el Sr. Arzobispo de esta metrópoli, pues ya tiene noticia de tan admirable suceso.

*Venid, todos los creyentes,
Y adorad con ciega fe
A la Reina de los cielos
Encontrada en un maguey.*

No dudéis un solo punto
De este milagro palpable,
Que es la Virgen admirable
La que veréis en trasunto.

¿Qué fueron los pequeñuelos
Que tuvieron tal fortuna?
Pues eran sin duda alguna
Querubines de los cielos.

José Rivas también fué
Otro sér privilegiado,
Por el Señor agraciado,
Para mostrarnos la fe.

Segundo Juan Diego ha sido,
Aunque al principio dudó;
Mas luego se convenció,
Cayendo á los pies rendido.

De la Virgen siempre pura
Guadalupana bendita,
Cuyo amparo solicita
El mortal en su amargura.

Muchísimo tiempo hacía
Que la creencia estaba muerta
Y miraban como incierta
La aparición de María.

Mas hoy para despertar
La fe que estaba dormida,
En el maguey esculpida
La Virgen quiso quedar.

El hecho esta comprobado,
Y no existe la ficción;
Así, pues, no fué ilusión,
Porque el maguey fué calado.

El autor de esta osadía
Fué un rico bien insolente;
Castigado justamente
Quedó por su culpa impía.

Adorad, pues ¡oh cristianos!
A la Imagen celestial
De la Patrona inmortal
De todos los mexicanos.